Leg 8º Jegete 1º

651

54

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

54

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

DISCURSO

LEIDO

POR EL LICENCIADO EN LA FACULTAD DE MEDICINA

DON ADOLFO GELY Y CREUET,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

Homines ad Deos nulla re propius accedunt, quam salutem hominibus dando. CICERON.

MADRID.—1855.
Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino,
A CARGO DE D. F. SANCHEZ.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

HTCA
U/Bc LEG 8-1 nº651
1>0 0 0 0 2 9 3 8 3 4

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

De la dignidad é importancia de la Medicina.

EXCMO. SR.

La infancia de la Medicina, como la de la mayor parte de las ciencias, está envuelta en las tinieblas de la supersticion y en los caprichos de la fantasía. Por mucho que apuremos nuestro intento para hallar en los primeros tiempos una huella segura que fije el estado en que se encontraba, nuestros esfuerzos son vanos y nuestras pretensiones tan atrevidas como inútiles. Una densa nube vela á la penetracion mas suspicaz y profunda los rasgos que debieran de-

finir esta noble ciencia en la sencillez de su grandeza primitiva: la oscura noche de la ignorancia ofusca en sus tupidos pliegues el orígen de este arte que habia de ser con el tiempo la hija mimada de los dioses, el engrandecimiento de los reyes que la protegieron, y la admiracion de los pueblos que buscaron en el saber fabuloso de los Pastóforos los medios de suavizar el rigor de sus dolencias, ó de sustraerse á las garras de la muerte. Al remontarnos en alas de nuestra imaginacion hácia los albores de las mas remotas épocas, nuestra inteligencia se abruma en el caos misterioso de la fábula; y al intentar recorrer los primeros pasos de la Medicina, nuestro entendimiento se pierde en el confuso é intrincado laberinto de las conjeturas. Forzados, empero, por la carencia de datos mas precisos y luminosos á girar dentro de tan vicioso círculo, sean estas el único norte que nos conduzca por el camino resbaladizo que nos proponemos seguir; y alentada nuestra insuficiencia por la constancia, y sostenida por nuestra fe con el criterio de los grandes hombres, rasguemos con segura mano el denso velo de los errores y de la supersticion, y acojámonos á la creencia mas autorizada que señala al instinto como principio generador del arte médico. En efecto, abandonado el hombre á sus propios recursos en la inmensidad del globo, sujeto á imperiosas necesidades, espuesto á cada momento á las afecciones mas grandes, debió buscar el remedio por la ley de su conservacion propia. Este modo de raciocinar es muy justo, es muy natural, es muy lógico.

Los historiadores de todas las edades y de todas las naciones han debido prestar acatamiento á esta deduccion, basada en el sentimiento íntimo y en el mas recto juicio. Esta creencia es la sola lumbrera que nos ilumina en la oscuridad de los siglos para fijar la cuna de este arte subli-

UVA. BHSC. LEG. 08-1 nº 0651

me y divino, á pesar de los desaciertos que ha impreso en la historia el vértigo de los sistemas. Los vómitos no provocados aliviando las repleciones de estómago, las hemorragias sobrevenidas accidentalmente curando los vértigos y alucinamientos cerebrales, debieron enseñar al hombre la eficacia de los evacuantes y la utilidad de las evacuaciones sanguíneas. La memoria retuvo los descubrimientos que provocó el instinto de la vida, y los remedios que la casualidad descubrió, los generalizó de una manera prodigiosa la analogía en las enfermedades, que se prestaban á la variada aplicacion de los medicamentos entonces conocidos. Asi las primeras nociones que se tuvieron en Medicina pertenecieron al dominio general, sin distincion de clases ni de condiciones; pues el sentimiento puro y noble de la humanidad que forzaba á descubrir un alivio para el amigo ó para el hermano que padecia, arraigó la Medicina como un sacerdocio venerable entre los hombres.

Posteriormente su ejercicio pasó esclusivamente al poder de los sacerdotes gentiles, quienes alentados por la ignorancia del pueblo bárbaro la asociaron á la mágia, á la supersticion y á los ritos religiosos, revistiéndola de las formas mas estravagantes y ridículas. Las curaciones obtenidas se atribuyeron al influjo de los dioses tutelares, á quienes ofrecian los enfermos costosos sacrificios y elevaban fervientes súplicas postrados en los pavimentos de los templos. Si en las enfermedades no se alcanzaba un éxito favorable, decian provenir de que los mas espléndidos holocaustos no bastaban á calmar los enojos de los dioses. Instigado por la mala fe de los sacerdotes, veíase á un pueblo frenético precipitarse bajo las ruedas de la carroza de un monarca para aplacar con sangre la cólera divina é inmolar á sus propios hijos en las aras de las falsas divinidades.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

La Medicina ya en los albores de su existencia se ve

rodeada del prestigio inmenso que debia poseer una ciencia mirada por aquellos pueblos incultos como descendida del cielo, como obra predilecta de los dioses. Pero corramos un velo sobre esta primera época en que, entronizada la idolatría, la Medicina estuvo sojuzgada á las prácticas misteriosas de la mágia. Despojémosla de los atavíos pedantescos con que la ornaron los Caldeos, los Asirios, los Fenicios, los Romanos y tantos y tantos pueblos bárbaros anteriores á la era cristiana; destruyamos los soberbios templos que Menfis y Busiris levantaron en honor de Isis, y recorramos, abatido ya el imperio de los profetas con la preponderancia del imperio romano, los anales en que este sublime arte se ofrece á la contemplacion del mundo en la pureza y sencillez de su verdadero colorido. Cada página de la historia es un nuevo lauro para la Medicina; cada distincion rendida á tanto ingenio un destello de gloria y una aureola de esplendor y de grandeza.

Si penetrando la oscuridad de los siglos nos acercamos á los tiempos mas remotos, vemos ya el ejercicio de la Medicina confiado á los magnates de la tierra. No se nos culpe de indiscreta osadía, si apoyados en el testo de las sagradas letras, intentamos elevarla al nivel de las mas altas categorías. Consúltese el mas auténtico y el mas santo testimonio de la antigüedad; hojéense ademas los anales de las ciencias, y entre mil hombres eminentes se verá á Eliseo que cura la lepra de Naam, á Isaías que sana al rey Ezequías, y muy posteriormente á San Eusebio, médico griego, que llegó á Sumo Pontífice, y á San Cesáreo, senador de Visanzio, á San Diomedes de Tarso, médico de Sicilia, y á otros mil cuyo profundo saber, embellecido por eminentes virtudes, orna el blason de la Medicina, como profesorado que engrandece la razon humana y facilita la práctica de los mas generosos sentimientos.

Los príncipes de la tierra no se han desdeñado en todos tiempos de ejercitarse en la práctica de esta noble ciencia. Tambien el bello sexo, esta mitad del género humano predestinada á suavizar con su dulzura, con sus gracias, con la sensibilidad de su carácter la vida fatigosa del hombre, á sembrarla de encantos y de flores, á embotar la selvatiguez de sus instintos y á hermosear la esperanza del corazon; tambien la muger ha llevado sus solícitas atenciones y sus desvelos á la cabecera de los enfermos. Contemplad entre los primeros á Eupator, á Agrippe y á Pyrro, rey de Epiro, que curaba con predileccion las enfermedades del bazo; y entre las segundas á Aspasia, maestra de Platon, á Croa, hija de un rey de Bohemia, á Palas, que descubrió la matricaria, y á Circe, de quien se decia que rejuvenecia á los viejos por haber descubierto el medio de teñir los cabellos de negro.

La historia contemporánea ofrece á nuestros ojos un ejemplo bien patente de la verdad que sostenemos. Luis Felipe, el desventurado monarca que rigió con tanta prosperidad los destinos de la Francia, decia en una ocasion solemne: «Dessault fue mi maestro en cirujía, yo le acompañaba en las curaciones, él fue quien puso la lanceta en mis manos y me enseñó á hacer sangrías en el Hôtel-Dieu de Paris.» La aficion del monarca francés á la cirujía no se entibió con los años ni con el oropel de su dignidad soberana. En 1835 se dignó sangrar á un correo de gabinete, sobre el cual pasaron las ruedas del coche que á S. M. conducia.

La profesion médica practicada por hombres tan eminentes no necesitaria mas para ostentar los títulos que tiene á la consideracion pública y mostrarse acreedora á tanto engrandecimiento. Pero las distinciones gloriosas con que en todo tiempo han sido honrados los profesores distingui-

dos de esta ciencia sublime la imprimen tal sello de gravedad, de respeto y de grandeza, que no sé determinarme á pasar por alto algunos de los muchos honores que se les han dispensado, y que son para la ciencia el mas brillante timbre de su gloria. Ya en la antigüedad los griegos dan á la Medicina el nombre de hija del cielo, la veneran como una divinidad y la ofrecen libaciones.

Centauro es elevado á la Magestad de Dios por haber fundado la escuela quirúrjica.

Estátuas de oro y de marfil se alzan en Epidauro á la memoria de Esculapio, y en Roma los cónsules Quinto Fabio y Junio Bruto, agradecidos de sus útiles servicios cuando la peste diezmaba el imperio, llevan en procesion su estátua para colocarla en el templo.

Democedo de Crótona, modelo de abnegacion y de patriotismo, rehusa todas las recompensas y alhagos del enemigo de su idolatrada patria; solo acepta la libertad como única remuneracion por haber curado á Darío y á la reina Atossa, deshauciada de los sacerdotes egipcios.

Hipócrates aparece en el orbe científico, y eleva á dogma las numerosas teorías dispersas y viciosas de la Medicina. El senado griego tributa á este hombre inmortal, en quien se personifica la ciencia de Esculapio, los mismos honores que á Hércules: los atenienses le consagran una corona de oro, y despues de su muerte eternizan su memoria con la ereccion de estátuas y magestuosos templos.

El emperador Augusto, librado de una grave enfermedad por los sabios cuidados de Antonio Musa, le colmó de dádivas, le erigió estátuas y concedió á los médicos el anillo de oro; privilegio que aun se respeta hoy dia en las solemnidades que se observan en la investidura del Doctorado.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

En tiempo de Justiniano, por decreto especial de este emperador, fueron elevados los médicos á la primera dignidad de condes, debiendo alternar en los actos públicos con los duques y vicarios del imperio.

Gregorio Lopez Madera, despues de la jornada de Lepanto, recibió del valiente D. Juan de Austria la espada que le habia regalado el Pontífice Pio V.

Francisco Valles de Cobarrubias, médico de Felipe II, logró atajar la gota de que estaba afectado su soberano, y este en presencia de sus cortesanos le saludó diciendo: «¡Divino Valles, cuánto te debo!!!»

Luis XIII, rey de Francia, para dar una muestra de deferencia á la facultad, fundó la Real Academia de Cirujia de Paris, instituyóse su socio, y mandó que en el escudo de armas tuviese la Academia gravada la Flor de Lis.

Luis XIV creó en obsequio de los profesores beneméritos del arte de curar la real órden de S. Miguel, y su sucesor Luis XV, multiplicó con prodigalidad las condecoraciones de esta noble insignia.

En nuestros tiempos contemplamos á Jenner con la frente ceñida de inmarcesibles laureles, por haber arrancado del furor de la muerte con su célebre preservativo de las viruelas á la mitad de las generaciones; al Dr. Franchine, nombrado por el Gobierno francés Caballero de la órden de Francisco I, por su nuevo método de conservar los cadavéres, y al Dr. Chapion, recompensado por los habitantes de Bar-le-Duc, con una magnífica y colosal estátua.

En España, sumida durante largo tiempo en la postracion y en el abandono, á pesar de haber sido en siglos posteriores la cuna de las ciencias, ¿no repetimos con orgullo los nombres de Collado, de Chacon, y de Laguna?

¿No sentimos palpitar el pecho de noble emulacion al recordar las elevadas distinciones de que fueron justa y dignamente colmados tantos españoles distinguidos en el conocimiento de las ciencias médicas?

En la época que atravesamos, cuando las oscilaciones políticas debian haber absorvido todas las consideraciones sociales, ahogando el mérito de las mas grandiosas concepciones, ¿no hemos visto al Dr. Castelló recibir de manos del rey Fernando VII, la Gran Cruz de Isabel la Católica, y últimamente recompensado por Doña Isabel II con la Gran Cruz de Carlos III y merced del título de Castilla, con la denominacion de Marqués de la Salud?

Seria nunca acabar si nos propusieramos enumerar una por una las distinciones gloriosas de que han sido objeto esclarecidos profesores de la Medicina, distinciones que demuestran la alta consideracion que la sociedad ha dispendo á la profesion por ellos ejercida.

La nobleza de la Medicina no puede ofrecerse á nuestros ojos ni mas patente ni mas justa. Los fastos de esta ciencia hablan demasiado alto para que se dude de lo primero; los servicios, las penalidades y los sinsabores que acompañan su noble ejercicio, prueban que las gracias concedidas á la clase médica han sido tan honoríficas como merecidas. Es la mision santa, la mision civilizadora de los hijos de la Tebaida, que inspirados de religioso fervor y ansiosos por derramar sobre sus hermanos la luz de la fe, simbolizada en la efigie del Salvador, mueren abrazados en los arenosos desiertos de la Arabia; y columpiando en los fulgores de la luz un mundo de delicias, se arrojan al fuego abrasador que les consume en el momento en que iban á libar la copa del placer.

Desgenettes acompaña á la espedicion francesa que á las órdenes del coloso del siglo va á conquistar nuevos lau-

UVA. BASC. LEG. 68 - Fº 0054

reles á las márgenes del Nilo. La vida de aquellos veteranos, respetada en cien combates por el plomo enemigo, se halla gravemente comprometida; sus filas son horrorosamente diezmadas por una terrible plaga. Desgenettes, sobreponiéndose á toda consideracion y con menosprecio de su existencia, se inocula la peste para esperimentar en sí propio la fuerza tóxica del virus y el curso de la enfermedad pestilente. Felizmente para el ejército francés, como para sí mismo, Desgenettes se salva, y conquista para sus sienes un lauro imarcesible y un título en la posteridad reconocida.

Comisionado Maset por el Gobierno francés para venir á España á estudiar la calentura amarilla, sucumbe en el intento, víctima de su celo y de su fanatismo científico. ¡Malogrado Maset! cuando te estaban abiertas las puertas de un porvenir risueño y lleno de esperanzas, el destino fatal te ciñe la corona del martirio en la mitad de una gloriosa carrera!

La Medicina en sus relaciones con la sociedad, es el promovedor natural de todas las instituciones saludables que aspiran á la perfectibilidad del linage humano. El médico traza los cimientos sobre que debe basar una sana higiene pública; él es quien mejora el malestar físico de los pueblos; él quien tiende á su perfeccionamiento moral; él quien alcanza destruir los errores de una prevaricacion fisiológica; él es por fin quien procura invalidar los escesos que arrastran siempre en pos de sí los mas detestables crímenes. Entregado á la práctica de su profesion, vedle á la cabecera de los enfermos enjugando las lágrimas de las familias, restituyendo á su seno, ora al hermano que creian perdido, ora al padre que con su muerte hubiera sumergido en los horrores de la indigencia á una prole numerosa. Cuando el enfermo atacado de una afeccion cróni-

ca, que le sume en el lecho del dolor, cansado de tanto sufrimiento y falto de esperanza no puede soportar la vida que arrastra entre la desesperacion y la amargura; cuando para librarse de tantos azares, va á atentar contra su propia existencia, y mira, si no con aversion, por lo menos con una cruel indiferencia, á los seres que debieran hacerle apreciable la vida, viene el médico á suavizar el peso de sus dolencias con los preceptos que indica una terapéutica racional, y dispertándole nuevamente la esperanza con el influjo de sus consejos, endulza el sufrimiento, amortigua el desconsuelo, y hace mas llevaderos y menos tristes los precarios dias del paciente. ¿Qué ciencia se hace mas acreedora y mas digna del aprecio público? ¿Qué títulos tan meritorios no ofrece á la consideracion de los hombres? ¡Qué mucho que el médico que se desvela incesantemente para la conservacion de la salud pública, unas veces esponiendo al Gobierno la necesidad de disipar los efluvios pantanosos para precaver sus mortales influencias; otras veces dictando medidas sanitarias para impedir la importacion de una enfermedad contagiosa que amenaza á una nacion ó á una comarca; y siempre y en todos los inconvenientes clamando por el bien de las diversas clases de la sociedad, señalando á unas el hálito destructor de su inaccion y de sus goces, confirmando á las otras la purificacion en el trabajo y el principio de fuerza en la sobriedad; qué mucho que el médico fuese considerado en la antigüedad igual á los dioses, y en los tiempos modernos, á pesar de la dignidad y nobleza de todas las profesiones, sea la Medicina honrosamente distinguida y respetada!

La profesion mas sublime del hombre, decia Huffeland, despues del sacerdocio, es la de velar por la conservacion del fuego sagrado de la vida, siendo en este mundo el dispensador de los dones celestiales y el dueño de las fuerzas

ocultas de la naturaleza; esto lo hace el médico. *Homines ad Deos nulla re propius accedunt, quam salutem hominibus dando.* (Ciceron.)

Para que nada grande falte á esta ciencia, su sublime ejercicio no acaba donde acaban las teorías. A menudo el hombre de la ley requiere del médico la exhumacion de un cadáver para completar la accion investigadora de la justicia. De esta manera la Medicina ha podido intervenir en los asuntos judiciales, y ha modificado con sus luces la decision de los tribunales, ora encontrando muchas veces cuerpos de delito en aquel hombre que víctima de un crímen, hasta entonces impune, moraba ya en la lóbrega estancia de un sepulcro, ora borrando del supuesto reo la negra mancha de la calumnia que gratuitamente se le habia imputado.

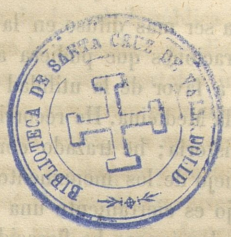
No quiero ya ser mas difuso en la esposicion de otras muchas consideraciones que pudiera aducir y que conspiran de consuno á favor de la utilidad práctica y la elevacion teórica de la Medicina. He recorrido someramente las páginas de su historia; he trazado con descoloridos tintes un simple bosquejo de los monumentos gloriosos que conserva; mi trabajo es ciertamente una débil espresion de lo mucho que en todas épocas ha florecido este arte sublime; empero como no es cuestion dudosa, me han bastado sencillas indicaciones para ser intérprete del concepto que ella ha merecido cuando ha constituido las delicias de los reyes que la cultivaron, el encanto del pueblo que la veneró como un destello divino, y un motivo de engrandecimiento para los que se dedicaron en bien de la humanidad á su sagrado ministerio.

La memoria de lo pasado, de sus glorias, de su pujanza, avive el sentimiento para el porvenir; ávidos de su engrandecimiento sigamos siempre impávidos la senda que han re-

UVA BHSC LEG DR 1 180651

corrido tan esclarecidos genios, y los tiempos venideros corresponderán á nuestras esperanzas con opimos y sazonados frutos. Dentro de breves instantes la investidura del Doctorado me hará apto para participar de tan insignes distinciones. ¡Feliz yo, si algun dia, siguiendo las inspiraciones laudables de tantos hombres grandes que me han precedido, logro contribuir por mi parte al mayor lustre de la mas preclara, de la mas sublime de las ciencias!

HE DICHO.



UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0651